



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

## REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

## COLABORADORES

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.  
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.  
 D. Antonio Brea.  
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.  
 D. Juan Vidal de Llobatera.  
 D. Ramón Vila y Colomer.  
 D. Tirso de Olazábal.  
 D. Manuel Rodríguez Maillo.

Sr. Conde de Guernica.  
 D. Gabriel J. Llompert.  
 D. Carlos Cruz Rodríguez.  
 D. Reynaldo Brea.

*Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.*



DON ISIDRO PASCUAL GAMUNDI

## DOÑA MARÍA BEATRIZ

Los siguientes apuntes entrañan importancia mayor que el de un simple estudio biográfico, pues muy bien los pudiéramos titular «Monografía de la casa de Austria Este».

La augusta Madre de Carlos VII jugó no hace muchos años, y por más que indirectamente, papel importante en la política española; su actitud como Madre del Rey dió lugar á opiniones controvertidas, que es justo se aclaren, y por tanto no vacilamos en afirmar que de estas notas han de surgir nuevos y luminosos datos con que ilustrar nuestra historia contemporánea, y por ende la del Partido Carlista.

Después de estas breves consideraciones, que hemos juzgado pertinentes y necesarias para llamar la atención de nuestro lectores hacia el importante y extenso escrito con que se enriquece la colección de EL ESTANDARTE REAL, entraremos en el terreno biográfico de la santa Madre del Rey, que no aparta su vista de España y de su amadísimo Hijo, nuestro Señor y Jefe Don Carlos de Borbón, para el cual y para su Patria impetra del Cielo las bendiciones que sólo al Altísimo es dado otorgar á los que en El fían y esperan.

Su padre, Francisco IV, Duque de Módena, era el hijo primogénito de la última Princesa de la casa de Este, María Beatriz, la cual, á su vez, era hija y heredera de la última Cibo, familia reinante en Massa y Carrara, por lo cual fué Francisco IV Duque de Módena, Reggio, Mirandola, Massa y Carrara, todo por línea materna, pues por la paterna pertenecía á la casa de Austria, siendo su padre, el Archiduque Fernando, el último de los hijos de Francisco de Lorena y de la Emperatriz María Teresa, que era por su parte la última de la casa de Hapsburgo.

Francisco IV unió los dos apellidos paterno y materno, creando la rama de Austria-Este, para perpetuar la memoria de aquella gran familia histórica, extinguida en su madre.

La madre de nuestra biografiada llamábase también María Beatriz, y era hija del Rey Víctor Manuel I de Cerdeña (nieta, por su madre, de Felipe V de España) y de la Archiduquesa María Teresa de Austria-Este, hermana primogénita de Francisco IV de Módena.

El matrimonio se verificó, el año 1813, en Cagliari, isla de Cerdeña, donde se habían refugiado los padres de la novia, conservando la soberanía de la Isla, mientras Napoleón I los había despojado del reino del Piemonte.

Como eran tío y sobrina carnales, necesitaron licencia del Papa Pío VII, cautivo en aquel entonces en Fontainebleau, y aunque Su Santidad se apresuró á concederla, sólo pudo hacerlo verbalmente, y no en forma de breve pontificio, por lo cual la estrechísima conciencia de ambos cónyuges, con una entereza que maravilló al mismo Pontífice, les sugirió, aunque estaban casados, no vivir juntos hasta que, recobrada la libertad por el Papa, pudiera subsanarse aquella aparente irregularidad.

En ello se tardó más de cuatro años, cuando en 1817 visitó Pío VII á Módena; y como la Princesa María Teresa (después esposa de Enrique V), primogénita de aquel ejemplarísimo matrimonio, nació á los nueve meses justos de aquella visita, el pueblo la llamaba la hija de la bendición del Papa, título que justificó con su piadosa vida sin mancha.

La esposa de Francisco IV era la primogénita de Víctor Manuel I, el cual tuvo otras tres hijas y un solo hijo varón, muerto de viruela á los pocos meses de nacer.

De esas tres Princesas, dos fueron gemelas, bautizadas en Roma por Pío VII. Una se llamó Mariana, y en 1831 casó con Fernando, Rey de Hungría, que fué proclamado Emperador de Austria á la muerte del Emperador Francisco. La otra contrajo matrimonio con el Infante de España Carlos Luis, nombrado más tarde, por decisión del Congreso de Verona, Duque de Lucca, pues el Ducado de Parma, que á la extinción de la familia de Farnesio le correspondía, fué adjudicado, con soberanía vitalicia, á María Luisa, viuda de Napoleón I y hermana del Emperador Fernando. La madre de Carlos Luis era hermana de Carlos V de España, agosto abuelo de Carlos VII.

La cuarta hija de Víctor Manuel I, nacida después de hallarse casada su hermana primogénita con Francisco IV de Módena, fué la Venerable María Cristina, que casó con Fernando, Rey de las Dos Sicilias, y murió á los veintitrés años de edad, pocos días después de haber dado á luz al último Rey de Nápoles, Francisco II.

Francisco IV de Módena tuvo, por su parte, tres hermanos y tres hermanas. El primero de los hermanos, Archiduque Fernando, Mariscal, dirigió en las guerras contra Napoleón la famosa retirada de Ulm, en la cual, batiéndose incesantemente y manteniéndolo en perfecto orden, salvó al Emperador Francisco I un considerable cuerpo de ejército, y se cubrió de gloria. Por aquel hecho de armas le fué conferido á perpetuidad el mando supremo de la Galitzia, tercera parte del reino de Polonia, injustamente dividido entre Rusia, Prusia y Austria, y hasta su muerte la gobernó militar y civilmente, con amplísimos poderes.

El segundo hermano, Archiduque Maximiliano, hizo votos religiosos á los dieciocho años de edad, entrando en el Orden teutónico, y elevado á la dignidad de Gran Maestre, restauró por completo aquel instituto, que floreció grandemente bajo su dirección. En las guerras napoleónicas, y á la terminación de éstas, levantó á sus expensas la *landwehr* austriaca.

El tercer hermano, Archiduque Carlos Ambrosio, recibió las sagradas órdenes y fué nombrado Arzobispo primado de Hungría.

En aquel puesto, y en la flor de la edad, expuso heroicamente la vida, y la perdió, asistiendo en los hospitales á los enfermos durante una terrible epidemia de tifus.

Viniendo á las tres hermanas, la mayor, María Teresa, casó con Víctor Manuel I, y tuvo, como hemos dicho, cuatro hijas. Aquel soberano fué el penúltimo Rey de la verdadera casa de Saboya, extinguida la cual subió al trono, con Carlos Alberto, la línea de Carrián, que provenía de un bastardo.

El abuelo materno de nuestra biografiada fué el tercero de cuatro hermanos, todos casados, que reinaron todos, sin que ninguno dejase un solo descendiente varón.

El segundo de ellos casó con una hermana del infortunado Luis XVI, la Venerable Clotilde, por lo cual tiene nuestra amada Doña María Beatriz el consuelo de contar una tía y una tía abuela Venerables, además de otros 16 antepasados por parte de padre, de madre y de marido, que son Venerables, Beatos ó Santos.

La segunda hermana de Francisco IV, María Leopoldina, casó con el último y ancianísimo Elector de Baviera, Carlos Teodoro, y no tuvo hijos.

La tercera, María Ludovica, fué tercera mujer de Emperador Francisco I de Austria. Murió joven, sin hijos, contrayendo entonces el viudo cuartas nupcias con una Princesa de Baviera, que se llamó la Emperatriz Carolina.

Terminado todo lo relativo á los ascendientes de nuestra augusta biografiada, vengamos á los Príncipes de su generación.

Francisco IV de Módena tuvo cuatro hijos, todos nacidos en Módena, y todos criados, educados é instruídos por su madre.

La primera nació el año 1817, en las circunstancias más arriba referidas.

Dos años más tarde, ó sea en 1819, nació el que después fué Duque reinante con el nombre de Francisco V.

En 1822 vino al mundo el Archiduque Fernando, y el 13 de febrero de 1824 Doña María Beatriz.

Las dos Princesas no tuvieron nunca aya ni dama propia, mientras duró su educación, pues ésta la dirigía exclusivamente su madre.

Los dos Príncipes tuvieron por preceptor á monseñor Raffaelli, elevado después á la Sede episcopal de Reggio, y por ayos diferentes generales austriacos, así como multitud de maestros.

Los tres meses de julio, agosto y septiembre pasábalos cada año la augusta familia en el magnífico castillo del Cattayo, heredado por Francisco IV del último señor feudal Obizzo, emparentado con la casa de Este.

La vida de familia era patriarcal cual ninguna otra, pues en aquel modelo de hogares cristianos no se oía palabra ni se veía ejemplo que no fuese edificante; pero aquellas dulzuras domésticas fueron amargadas por grandes adversidades públicas.

El 3 de febrero de 1831, cuando Doña María Beatriz no había cumplido todavía siete años, estalló en Módena la revolución capitaneada por aquel perjuro y traidor Menotti, á quien recientemente, y en odio á la casa de Este, el actual Gobierno de Italia ha levantado una estatua delante mismo del palacio ducal de Módena.

Francisco IV entró por la noche en las habitaciones de su esposa, á advertirla que, á la cabeza de sus tropas, iba á atacar á los conjurados, reunidos en casa de Menotti, previniéndola que estuviera apercebida, pues en los planes de éstos entraba dar el asalto al Palacio. La Duquesa reinante, sin perder un punto la sangre fría, colgó una reliquia de la Santa Cruz al cuello de su marido, inculcándole la fe en la protección divina.

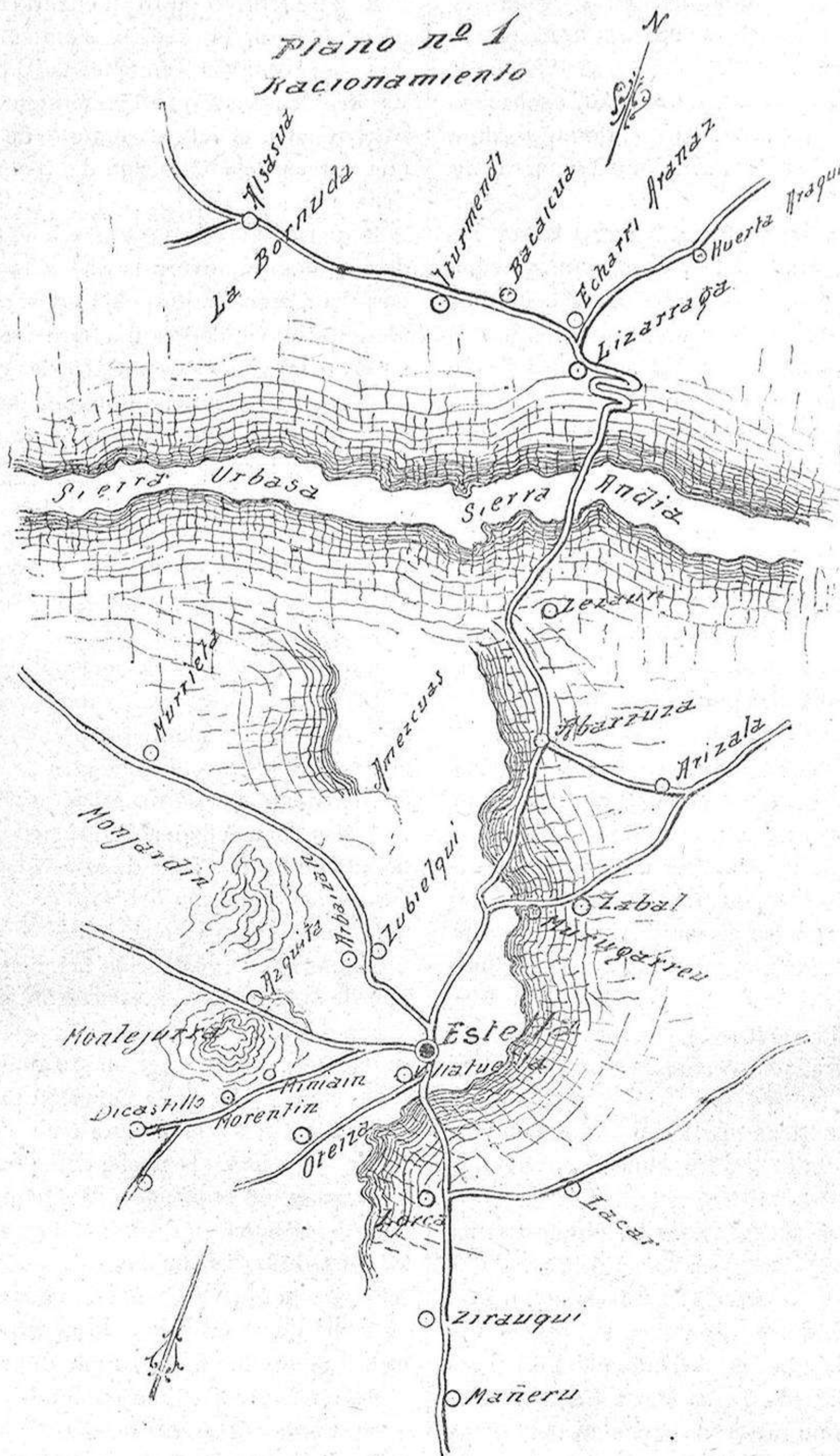
El Duque, con la serenidad que da la perfección, partió para el combate, y la Duquesa entró en la capilla del Palacio con sus cuatro hijos, su dama y todas las criadas, para recitar el Rosario y rezar por sus defensores.

Los dos Príncipes, de once y de nueve años de edad, respectivamente, querían á toda costa ir al fuego con su padre; pero la madre los detuvo con esta sola reflexión: «Si los revolucionarios atacan á Palacio, ¿quién me defenderá si vosotros estáis ausentes?»

A la mañana siguiente Francisco IV se había apoderado de los dos jefes de la revolución; pero ésta se enseñoreaba, no sólo del resto de la ciudad y del Estado, sino de casi toda Italia; y comprendiendo el soberano que la guarnición fiel, compuesta de un batallón de voluntarios, un escuadrón de dragones, algunos ingenieros y poquísimas piezas de artillería, era insuficiente para contener un alzamiento de tanta consideración, se decidió á poner en salvo sus tropas y su familia, y á ir á Viena, á solicitar socorro del Emperador. En efecto, la noche del 4 salieron de Módena dos coches: en el primero, la Duquesa con sus cuatro hijos y su dama, la Condesa Trenta; en el segundo, los jefes de la revolución prisioneros, Menotti y Borrelli, que después fueron ahorcados. En honor de Menotti dió Garibaldi posteriormente este nombre, que no existe en el Santoral, á uno de sus hijos.

Ambos carruajes iban escoltados por la tropa arriba mencionada, y al frente de ella, á caballo, Francisco IV, y en razón de tanta impedimenta iban al paso, perseguidos por los disparos de los revolucionarios. Pernocaron, ya muy tarde, en Carpi, y al día siguiente llegaron á Mantua, precisamente al mismo tiempo que se recibió en aquella ciudad noticia de haber sido electo Papa el inmortal Gregorio XVI. La Duquesa de Módena había conservado tal tranquilidad de espíritu en medio de las angustias de un viaje tan azaroso, que su primer cuidado al bajar del coche fué escribir una carta de felicitación al nuevo Pontífice.

La plaza fuerte de Mantua pertenecía á Austria, y dentro de sus muros todo peligro había cesado. Las tropas modenenses marcharon á Este, á esperar los refuerzos austriacos, y la familia Real se dirigió á Gorizia, donde permaneció hasta el otoño. Allí la Duquesa de Módena tuvo la alegría de abrazar y de alojar,



en su misma residencia del palacio Ritter, á su hermana Mariana, que con gran pompa viajaba para Viena, después de haberse casado por poderes en Milán con el Rey de Hungría, el futuro emperador Fernando, formando singular contraste en aquellos momentos el diverso destino de ambas hermanas, la una caminando hacia un trono y la otra lanzada desde el suyo al destierro. En Gorizia hizo Doña María Beatriz su primera confesión con un Padre capuchino.

Después de algunos meses, que parecieron siglos á los desterrados, el Príncipe Metternich concedió la tropa necesaria para la reocupación de Módena, permitiendo que quedase allí de guarnición por muchos años, y Francisco IV reconquistó sus Estados, que los

rebeldes evacuaron sin disparar un tiro. Halló el Palacio con grandes deterioros, pero no saqueado, y antes de que empezase el invierno reinstaló en él á su familia.

Los años siguientes, hasta el 1838, fueron turbados por continuas conspiraciones y atentados contra la vida del Duque reinante, y aun de todos los suyos, como la vasta conjura, capitaneada por un guardia noble (que después fué fusilado), en la cual debía perecer toda la familia de Austria. Este dentro de la iglesia de San Pedro; plan perfectamente urdido, que sólo fracasó porque la Duquesa de Módena, como advertida por un presentimiento providencial, se negó á última hora á asistir á la función religiosa.

En el verano de 1838 verificó el Emperador Fernando, acompañado de la Emperatriz Mariana, su viaje á Italia, con objeto de ceñirse en Milán la corona de hierro que se custodia en el tesoro de Monza, y cuyo cerco interior está formado con un clavo de la Santa Cruz.

La catedral de Milán había sido adornada de una manera maravillosa por el célebre decorador Sanquirino, y á las fiestas de la coronación, que han quedado como legendarias en Italia, acudió la familia reinante de Módena.

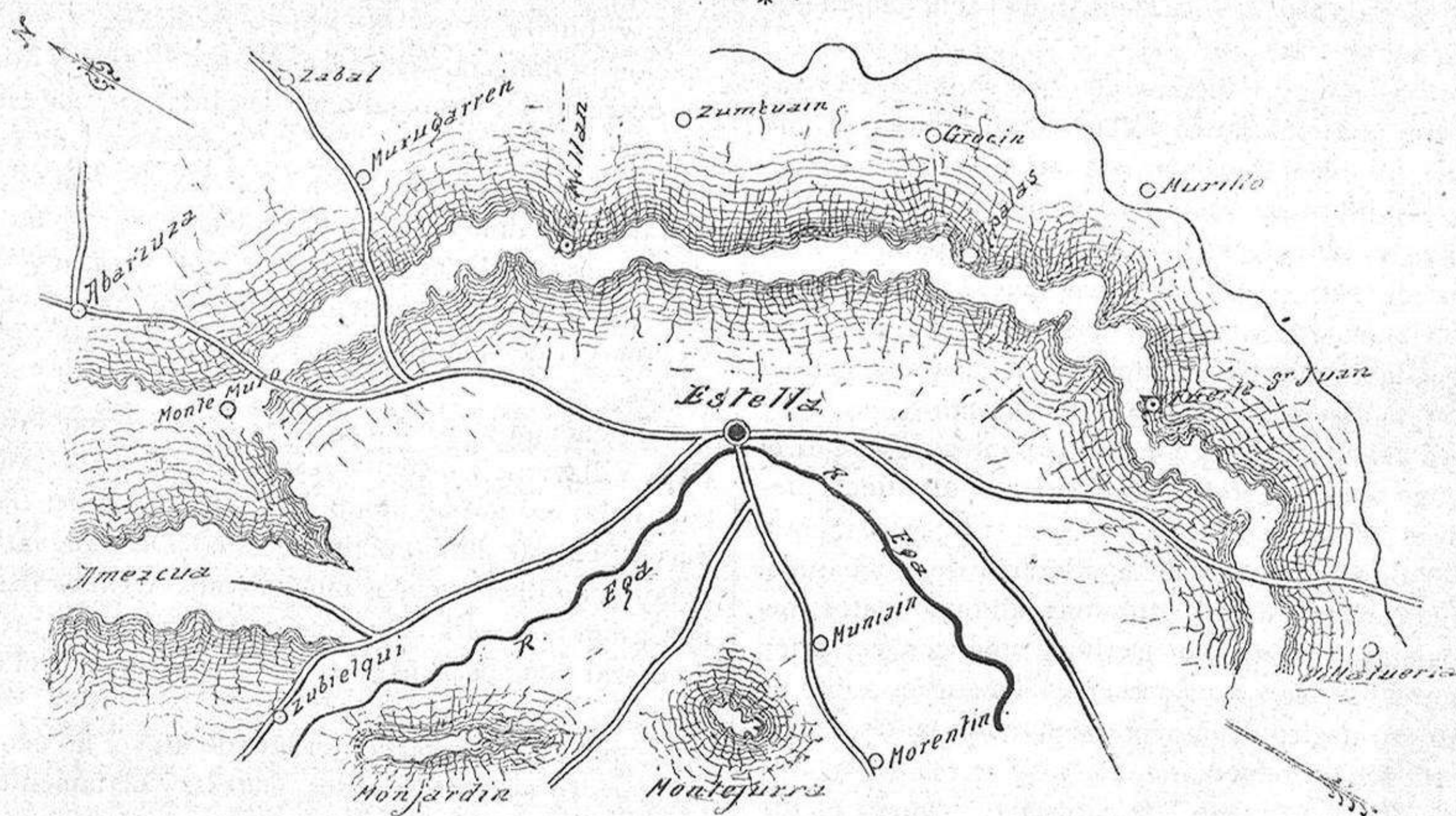
Doña María Beatriz, que sólo contaba catorce años, no tenía edad todavía para vestir el manto de Archiduchesa y asistir á las ceremonias de Corte; pero como su estatura igualaba casi á las de otras Archiduchesas mayores en años, su tía, la Emperatriz Mariana, obtuvo

para ella una derogación de la etiqueta, y pudo participar con sus primas de todos los festejos, que duraron quince días, alternativamente en Milán y en Monza, sitio imperial cuyo magnífico palacio había sido precisamente construído por su abuelo cuando era gobernador de la Lombardía.

De Milán fueron SS. MM. II. al Cattayo, aceptando la invitación de los Duques de Módena, por tres días, durante los cuales hubo toda clase de públicos regocijos, organizados por Francisco IV y su hermano el Archiduque Maximiliano.

Del Cattayo trasladáronse todos á Venecia, donde por espacio de dos semanas se celebraron fiestas que aun dejaron atrás en magnificencia á las de Milán; pero que alteraron profundamente la salud de la Duquesa de Módena, que minada ya por los sinsabores y

Plano nº 2  
Dotación de municiones



sobresaltos de los años pasados, acabó de quebrantarse con tan continuas agitaciones, viniendo á aumentar su malestar un sacrificio al que tuvo que resignarse por reflexión, pero que dolió mucho á su corazón de madre: el de separarse de su hijo Fernando, que el Duque reinante destinaba á la carrera militar, habiendo decidido que entrase al servicio de su tío el Archiduque Fernando, que tan alta posición ocupaba en el ejército austriaco.

En aquellos tiempos, anteriores á la introducción de ferrocarriles y telégrafos, empleábanse quince días en recorrer la distancia de Módena á Lemberg, lo cual hacía más penosa la separación.

En julio de 1839 salió toda la familia de Módena para Viena; celebró allí el cumpleaños del Archiduque Fernando el 20 del mes (cumplía dieciocho), y el 22 partió para Lemberg.

Su partida desgarró el alma de Doña María Beatriz, pues siendo ambos los dos hermanos más pequeños,

no se habían separado nunca, y juntos daban sus lecciones, como juntos pasaban siempre las horas de recreo.

Para la madre el golpe fué también decisivo, y aunque por virtud no se quejaba, principió á ir de mal en peor, y en agosto del año siguiente cayó en cama para no levantarse más, entregando al Señor su hermosísima alma en la noche del 14 al 15 de septiembre, rodeada de todos los suyos, excepto el Archiduque Fernando, que, aunque avisado de la enfermedad por un propio, no llegó á Módena hasta veinticuatro horas después del fallecimiento.

Inmenso fué el dolor de todos; pero ninguno igualó al del inconsolable viudo, que la lloró el resto de su vida, y voló á reunirse con ella el 21 de enero de 1846, aniversario de la muerte de Luis XVI, después de solos siete días de enfermedad. En aquel entonces corrió la voz de que había sido envenenado en un viaje que hizo poco antes á Turín.

Francisco IV recibió, lo mismo que su esposa, los últimos Sacramentos con pleno conocimiento, y edificando á todos. También faltó á su lecho de muerte el Archiduque Fernando.

Digamos ahora algunas palabras sobre los enlaces contraídos por sus hijos.

(Continuará.)

## EFEMÉRIDES DE CAMPAÑA

### BATALLA DE VILLAVERDE DE TRUCIOS

#### ANTECEDENTES

**E**N el mes de agosto de 1875 desempeñaba la Comandancia de Vizcaya el General D. Fulgencio Carasa, y había sentado su cuartel general en Balmaseda, villa amenazada hacía tiempo por el enemigo.

Escasas eran las fuerzas con que contaba, en relación con la extensa línea y considerable masa de que el ejército liberal disponía para dar el ataque.

No era un secreto para nadie que éste no podía demorarse, puesto que el enemigo no se cuidaba de ocultar su concentración y sus movimientos.

Diariamente recibía el General carlista noticias de la llegada de nuevos batallones liberales y de convoyes de municiones de fusil y de artillería.

Aun cuando no se ignoraba los puntos en los que el enemigo tenía acantonadas sus fuerzas, era difícil presumir el lado escogido para romper la línea carlista y conseguir su objetivo de apoderarse de Balmaseda. No hallándose muy distantes los acantonamientos enemigos entre sí, nada más fácil que una concentración nocturna de fuerzas para caer al amanecer sobre un punto estratégico débilmente defendido, antes de que pudiera recibir refuerzos.

Mientras el veterano Jefe carlista se ocupaba en distribuir convenientemente sus fuerzas para hacer frente á esta contingencia, la oficialidad, que no desconocía la situación, empeñábase en razonadas polémicas sobre si el ataque sería por el Berrón ó por Villaverde, no faltando alguien que sostuviera lo haría por los montes de la izquierda.

Noches anteriores al día de la batalla, la discusión había llegado á su punto más culminante, cuando fué interrumpida por las sonoras carcajadas de un nuevo interlocutor; era éste un joven Oficial, tan distinguido por sus relevantes condiciones como por su buen humor.

—Vaya un Consejo de Generales—dijo, sentándose y pidiendo una taza de café;—no os apuréis por averiguar si el enemigo atacará por aquí ó por allá: lo que me consta es que atacará, y muy pronto.

—¿Y por dónde te consta eso?—le interpelaron varios amigos.

—Muy sencillo—contestó mi hombre;—he observado mucho movimiento en casa del General; y uno de

sus ayudantes me ha dicho irónicamente que esta noche es fácil no se me peguen las sábanas; razón por la cual he adelantado mi cena y me largo á dormir á seguida, por lo que truene.

Y así lo hizo, quedando media hora después desierto el local.

Ocurría esta escena en uno de los cafés de Balmaseda, á las ocho y media, próximamente, de la noche del día 9 del mes y año citados.

A las once poníanse en movimiento las fuerzas carlistas, que ocupaban, para el amanecer del día 10, sus respectivas posiciones; formaban una herradura de un arco bastante exacto, pero de lados muy desiguales. Apoyábase su lado más saliente en la ermita de San Roque, punto importante, defendido por dos compañías de Guernica y una ó dos de otro batallón (1); el terreno presenta inmediatamente un barranco, principio de una encañada que por Pandozales (2) conduce á Balmaseda, y á la que baja desde la ermita un sendero pendiente y emplazado con atrevidos zizás, única y difícil retirada de aquella posición; á continuación prolongados cerros, cubiertos de espeso arbolar, ocupado por dos batallones de cántabros, que escasamente componían uno, dos compañías de Guías de Vizcaya (unos 180 hombres) y cuatro de Guernica. Cerraban, finalmente, el centro y lado corto de la herradura los batallones vizcaínos de Somorrostro y Durango, únicamente completo el primero, puesto que así como el de Guernica tenía destacadas dos compañías.

Paralela con el arbolar corre la carretera que atraviesa Villaverde y asciende suavemente hasta la Casilla para bajar del mismo modo hasta la ermita del Buen Suceso; en este último punto se hallaba la vanguardia del ejército liberal, cuyos movimientos vigilaba desde la Casilla la tercera compañía de Guernica con orden de cruzar algunos tiros y replegarse al resto del batallón.

Ocupaba el General con su Estado Mayor un pequeño cerro en el centro de sus fuerzas, y claramente se distinguía que la situación de éstas se hallaba bien estudiada para impedir que el enemigo tratase de entrar en Balmaseda por el flanco, faldeando San Roque, ó que, siguiendo la carretera de Arcentales, intentase caer por retaguardia de la línea carlista sobre dicha villa.

No era factible creer que se aventurase por el barranco y encañada de Pandozales, cuya estrechez le impedía desplegar sus fuerzas, sin haberse apoderado de San Roque y del arbolar, que los domina. Por esta razón aparecían indefensos el barranco y encañada mencionados, á pesar de que su posesión hubiera dificultado grandemente las comunicaciones con la ermita de San Roque (3).

(1) Asturianos.

(2) Barrio contiguo á Balmaseda.

(3) Los sucesos del día 11 demostraron que este abandono fué intencional con el objeto de atraer al enemigo al mencionado barranco, en donde hubiera sido fácilmente derrotado.

Transcurrió todo el día 10 sin que se cruzase un solo tiro.

APUNTES SOBRE EL CAMPO DE BATALLA

11 DE AGOSTO DE 1875

Tan pronto como el alba disipa las brumas que ordinariamente coronan aquellos montes, divísanse las masas enemigas formadas en las inmediaciones del Callejo. Allí permanecen largo rato tan inmóviles, que podría dudarse si son tierras negras ó soldados enemigos. Desde el amanecer se han oído sucesivamente los toques de diana, parte, llamada, provisiones, etc.; por fin tocan marcha, y desfilan por la carretera con gran estruendo de músicas y cornetas, como si el ruido y el aparato fueran bastantes para infundir pavor en las filas carlistas.

Desfila la vanguardia, de tres ó cuatro batallones, seguidos por el General enemigo Villegas con su escolta, fuerzas respetables de caballería, que preceden á varias piezas de artillería, terminando por la masa de infantería.

La tercera de Guernica cruza algunos tiros y se replega, según sus instrucciones, al resto de su batallón.

El enemigo pasa por el Buen Suceso, dirigiéndose hacia los montes de Fuente Fría, situados al otro lado de la carretera en línea paralela al arbolar, y después de haberlos faldeado, despliega numerosas guerrillas que inician el ataque. La segunda compañía de Guías de Vizcaya y otra de Guernica salen á su encuentro; son un puñado de doscientos hombres que van á cruzar los primeros tiros con una columna de nueve á diez mil, provista de todos los elementos de guerra.

Hasta las diez sostienen estas pequeñas fuerzas el empuje de la vanguardia enemiga; pero amenazadas de ser envueltas, se retiran en buen orden á la línea. Poco después generalízase el fuego.

Los primeros esfuerzos de la infantería, combinados con la artillería, son dirigidos contra el arbolar.

A pesar del nutrido fuego de fusil, los batallones liberales avanzan con aquel valor de que dieron tantas muestras en los montes de Somorrostro y Abárzuza; los carlistas sostienen con denodado tesón sus posiciones, sin cejar en un palmo de terreno; sin embargo, la situación se complica, tanto porque algunas guerrillas liberales han penetrado en el barranco sin ser apenas hostilizadas, como porque empiezan á escasear las municiones. En este trance, el autor de estas líneas recibe orden de poner en conocimiento del General lo que ocurre; ocupa el mismo cerro mencionado y no es difícil encontrarlo; acompáñase únicamente del Coronel Olascoaga y de dos ordenanzas que á alguna distancia esperan órdenes, y observa con su catalejo los movimientos del enemigo. Enterado del caso, ordena que la quinta de Guernica, destacada en un cerro, baje á reforzar la línea.

—Decid al Teniente coronel—añade—que me tenga al tanto del avance de las guerrillas enemigas por el barranco, que no se las hostilice y que en el interín

llegan las municiones que espero antes de una hora, se defienda con las bayonetas (1).

Media hora después el mismo Carasa se presenta en la línea de fuego para animar á los voluntarios.—Atrás, mi general—grita uno de ellos, dejándose llevar por un sentimiento de lealtad más fuerte en aquel entonces que las prescripciones de la ordenanza.—Atrás—se atreven á articular á media voz otros, y el General, dirigiendo una sonrisa de gratitud á los voluntarios, se retira á sitio más prudente.

El enemigo hace un poderoso esfuerzo; las parejas dobles de guerrilla se han convertido en línea de batalla. La artillería liberal, emplazada más allá de la carretera, sostiene un fuego nutrido; sus bocas de fuego parecen más bien chimeneas de una fábrica industrial, que arrojan sin interrupción el humo, que máquinas de guerra que lo efectúan de una manera intermitente. La calma de la atmósfera, sin un átomo de aire, hace muy fácil la semejanza.

Una granada arranca un brazo á un voluntario; la herida es grave, y le quedan minutos de vida; retirado á algunos pasos, el capellán, despreciando el peligro, llega á tiempo para cumplir su religioso deber; después se retira sano y salvo de una manera providencial.

Un fornido voluntario de los guías trata, ayudado por otro compañero y á costa de un poderoso esfuerzo, de transponer el arbolar; viene herido en una pierna, dejando en su trayecto un hilo de sangre, y empuña todavía el fusil; en un momento de arranque se vuelve rápidamente y dispara, diciendo en lenguaje vasco:—Yo no subo sin tirar el último tiro.—

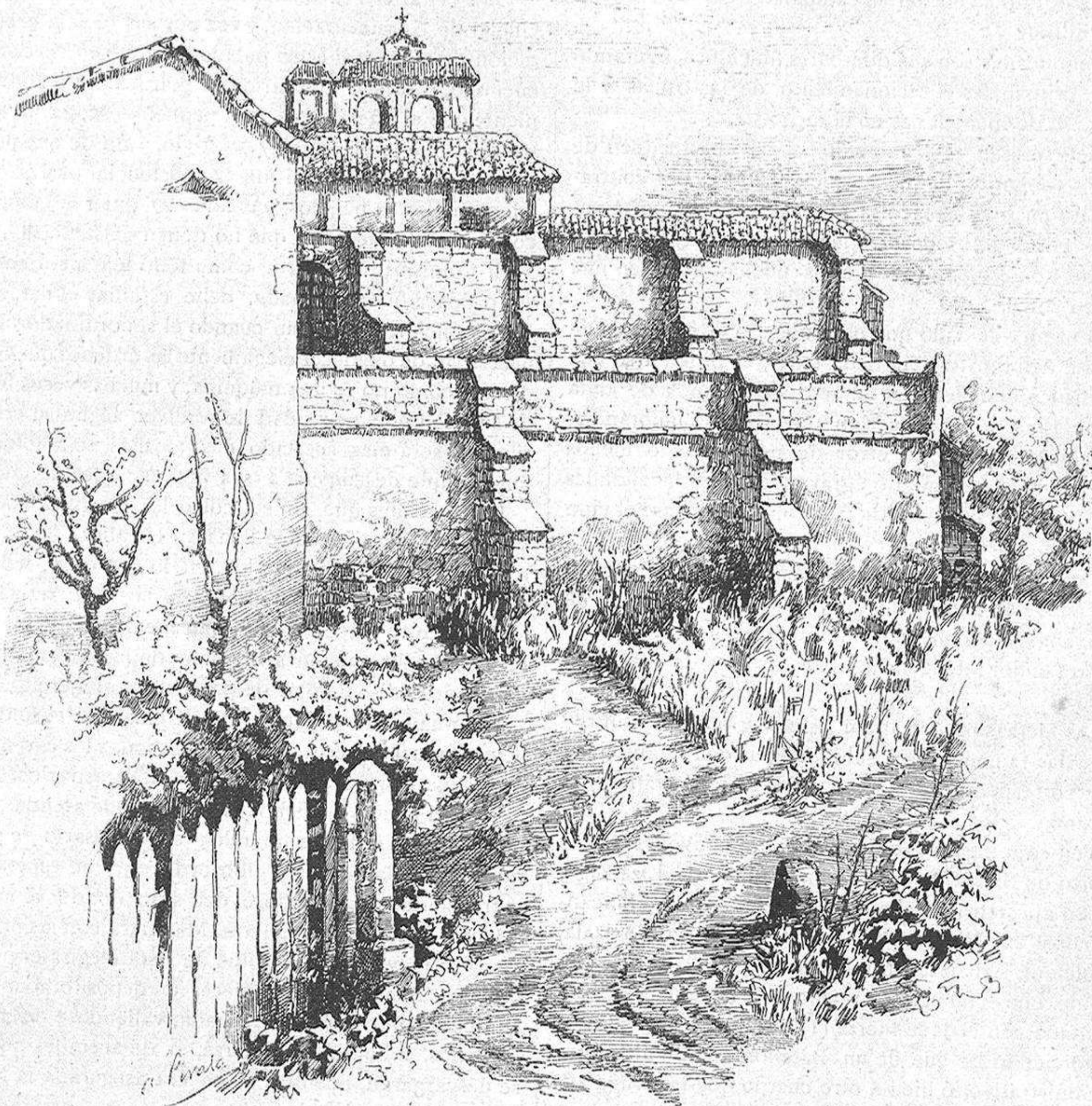
La compañía de refuerzo está á punto de agotar sus municiones, por lo que el fuego es muy lento en la línea carlista; el enemigo continúa su movimiento de avance, y los momentos son solemnes; empero, entonces cunde rápidamente la noticia de llegada de municiones. Vizcaínos y cántabros ayudan á descargar los carros; las puntas de las bayonetas y las piedras del monte suplen la falta de los formones y martillos, y saltan á su empuje las tapas de las cajas, que se desocupan rápidamente. Su contenido en aquel momento tiene más valor que el oro y el diamante, porque representa el éxito de una batalla, quizá el triunfo de la Causa.

Al detener á un voluntario que, además de su cartuchera, lleva una boina de municiones, para que la desocupe, me contesta que «son para el cabo de su escuadra, que no ha querido separarse de su puesto», señalándome como prueba la boina de su cabeza; conceptuo el cabo digno de no soltarse, y pasa su nombre á mi cartera.

(1) Rigurosamente textual é histórico, como que á pocos pasos del General me detuve para copiar la orden en mi cartera. Poco faltó para que la tal orden no llegase á su destino, pues á los pocos minutos su portador, materialmente enterrado por el derrumbamiento de una tapia, producido por la explosión de un proyectil, era exhumado por dos gastadores sin lesión alguna.







Nuestra Señora del Puig (Navarra).—Fusilamientos por Maroto en 1839.

La confusión dura diez minutos, pues los oficiales organizan pronto el servicio. El entusiasmo es indescriptible; los gritos de ¡viva el Rey! se confunden con los prolongados *sansos* y *uju jus*.

La artillería carlista, compuesta de cuatro piezas, dos situadas encima del arbolar y dos encima de Arcetales, no cesa de tirar con gran acierto; el arbolar despide una lluvia de plomo, y el enemigo retrocede algunos metros.

Las guerrillas liberales que avanzaron por el barranco retroceden también; la batalla estaba, pues, ganada por aquel lado.

El enemigo sostiene á la expectativa en Rivacoba, monte continuación de la cordillera donde se halla situada la ermita de San Roque, algunos batallones; el

capitán carlista, comandante de este punto (1), se desespera de la inacción á que se cree condenado, y arde en deseos de tomar parte en la acción, cuyos incidentes no puede apreciar. Ha recibido rigurosas órdenes de defender la posición hasta perder el último hombre, y su situación no tiene nada de envidiable, máxime si se atiende á que la ermita es de fácil acceso por la parte de Rivacoba y que, en caso de retirada, bastaría al enemigo arrojar piedras desde su cima para destruir toda la fuerza, sin excepción de un solo voluntario.

(Concluirá.)

(1) Don Eusebio de Obieta.

## ADMINISTRACIÓN MILITAR

**U**NA de las ruedas más importantes que, con el nombre de cuerpo auxiliar, facilita á un ejército su acción en campaña, es la Administración militar.

Complicadas son sus diferentes funciones, figurando como principales el racionamiento de las tropas y la dotación de municiones en el fuego.

Fácil sería el racionamiento si se abasteciesen de un solo depósito, lo que sucede cuando es por contrata; pero cuando las facilita el país, ya varía por completo; porque, ni todos los pueblos contribuyen con un mismo número, ni todos estos pueblos están en una misma zona.

El primer cuidado que el Comisario de guerra ú Oficial de Administración debe tener, es procurarse una estadística completa del número de vecinos de cada localidad y producciones en que abunde; ignorándolas, cometería el gran error de pedir más ó menos con razón al vecindario, gravando unas localidades sobre otras, ó bien pediría pan donde abundase el vino y la carne.

Vamos á tratar del racionamiento más complicado que puede ofrecer un ejército, cual es en el estado de campaña, manteniéndose del país y sobre la marcha.

Para mejor inteligencia, nos valdremos del plano número 1.

Las fuerzas pernoctan en Estella y pueblos limítrofes, y las raciones han sido pedidas con la anticipación correspondiente á los pueblos de la Barranca y la Borunda.

Teniendo necesidad de pasar los convoyes por el puerto de Sierra Andía, llamado túnel de Lizárraga, deben apostarse los abanderados de los cuerpos acantonados en Murugarren, Zabal, Abárzuza, Arizala, Zubieliqui, Arbaizar y Murieta en el pueblo de Lezaun, donde, con el número de raciones de cada pueblo, confrontada con el de su fuerza (1), las lleven á su cuerpo, devolviendo las que de un Batallón sobren al Centro administrativo, ó bien á otro cuerpo que las tenga adjudicadas, por faltarle del pueblo que las tomó.

Si llegasen á sobrar restos de algún convoy, y no tuviesen aplicación en los cuerpos anteriormente citados, éstas vendrán á Estella, y unidas á los convoyes que vayan destinados á los destacamentos de Azqueta, Muniain, Morentin, Dicastillo, Allo, Villatuerta, Lorca, Lácar, Cirauqui y Mañeru, completarán el número necesariamente pedido para la fuerza existente, según el alta y baja diarias de los comandantes jefes del detall.

Una vez racionadas las fuerzas, los abanderados ú Oficiales de Administración, si los hubiere, entregarán un recibo al encargado del convoy, con cuyo documento la Administración militar dará por abonado el pedido, inutilizando el parcial ó parciales del cuerpo, y extendiendo uno autorizado por el Comisario de guerra de la División.

(1) Trabajo hecho por la Administración militar.

El Comisario de guerra tiene grave responsabilidad en sus múltiples cargos; en el racionamiento no debe descuidarse al hacer el pedido, pues *contra el vicio de pedir está la virtud de no dar*, y pudiera estar confiado en recibir unas raciones que no mandasen.

Para evitar este inconveniente, vigile los pueblos un Oficial de Administración, y vea por sus ojos la preparación de ellas, y si estos pueblos estuviesen cerca del enemigo, ó fuesen contrarios en política, será conveniente que el oficial lleve una pequeña escolta de caballería, que le dé fuerza y prestigio, á fin de que pueda castigar con mano firme la resistencia pasiva que adoptan ciertos pueblos, cuando no quieren cumplir con su deber, alegando que no tienen existencias.

El Comisario de guerra, como todo jefe que tiene á sus órdenes fuerza armada, debe estudiar el carácter de sus oficiales, pues aun cuando el subordinado tiene necesidad de obedecer ciegamente las órdenes que se le dieren, como no es una máquina, y muchas veces lejos de su jefe tiene necesidad de resolver según su criterio, éste será más acertado cuanto más se amolde la función que desempeñe á sus inclinaciones naturales.

Hay oficiales que, sin ser cobardes, les gusta más el trabajo de una oficina; se llenarán la cabeza de números con tal de llevar una vida, en lo que cabe, sedentaria, mientras que otros prefieren la vida activa, se aburren entre papeles y respiran mejor á caballo, fortaleciendo sus pulmones el humo de la pólvora; éstos deben dedicarse á dotar de proyectiles al ejército.

El armamento antiguo era poco exigente: el soldado llevaba muchas veces en su cartera todos los cartuchos que podía disparar; hoy no podría ni arrastrarlos. Teniendo el general muchos detalles á que atender, tan pronto como se toque marcha, el Comisario de guerra debe adelantarse á recibir órdenes, y no esperar se le transmitan, enterándose del sitio donde se ha de celebrar la función de guerra. Marchará con las primeras fuerzas, y al primer golpe de vista elegirá el punto céntrico donde debe establecer un depósito abundante, que tenga cubierta la retirada, valiéndose de carros cargados, si hubiese carreteras, ó de acémilas que no se descargarán, mientras no se vea asegurada la resistencia, sino la victoria.

Es preciso, pues, que el depósito sea céntrico, y esté seguro de no caer en manos del enemigo.

Esto sucedió en la batalla de Abárzuza.

Véase el plano núm. 2.

Abarcando la línea de batalla desde Villatuerta, Murillo, Grocín, Zurucuain, Zabal y Abárzuza, su centro natural era Estella; pero como esta ciudad era el objetivo del ejército republicano, y las fuerzas de que éste disponía eran triples, podía esperarse con fundamento un revés de fortuna, y caer en poder del enemigo todo lo que en esta ciudad se conservase.

Siendo nuestra natural retirada, en caso de desgracia, las Amezcuas, y el objetivo de Concha, como punto de ataque, Monte-Muro, se estableció con mucho acierto, por el hoy Brigadier Romero, el depósito general en Zubieliqui, á la entrada de las Amezcuas, desde donde teníamos más cerca que de Estella, lo recio

de la acción, municionando las fuerzas de Villatuerta, Murillo, Grocín y Zurucuaín, donde el ataque era simulado, con mulos de brigada, que tenían su retirada asegurada por Montejurra, Monjardín y Amezcuas, en caso de tener ya el enemigo ocupada á Estella.

Los oficiales de Administración que se ocupen en estas funciones deben ser animosos; por regla general el cuerpo que se municiona no está haciendo fuego; pero pudiera estarlo por escasez de fuerzas, y en aquellos momentos tiene la misma exposición que la infantería á quien sustenta de proyectiles; es más, pudiera suceder que, faltas las compañías de oficialidad, tuviera que mandar alguna ó bien llevar un parte al general por falta de ayudante del Batallón.

En campaña el militar no puede decir en un momento dado este no es mi cometido; el deber del militar es contribuir á la victoria ó poner de su parte para que sea menor la derrota.

Después de concluída la acción, deben ordenarse las cápsulas en cajas completas, á fin de que con el traqueteo no se deterioren ó se produzca una explosión, numerando bien las cajas y rotulando en las cubiertas el sistema que contienen, con objeto de que no puedan confundirse, haciendo el pedido necesario á las fábricas, con el fin de estar preparados siempre á las contingencias inherentes á la campaña.

CARLOS CRUZ RODRÍGUEZ.

## BIBLIOGRAFÍA

MIS PRISIONES. *Memorias de Silvio Pellico.*—

En la adversidad es cuando mejor se estiman los consejos de un fiel amigo, y quien ajustare su criterio á las normas de la justicia, los estima también en la bonanza. Por este motivo la obra arriba enunciada á todos conviene por igual. A los que sufren, para mitigarles su dolor, y á los que gozan, para hacerles comprender el beneficio inmenso de que son deudores al Cielo.

De un modo particular interesa esta obra á los que no sintieron aún del todo en su corazón los efectos de la propaganda egoísta de que parece hallarse saturado en todas sus manifestaciones el espíritu del presente siglo.

A aquellos que hubiesen caído en un absoluto decreimiento, no les producirá mal alguno, pero difícilmente han de reportar un bien; porque embotados en ellos el placer moral, sólo encuentran solaz y esparcimiento en lecturas frívolas ó en las que ofrecen el veneno incitante del placer material.

Los diez años de encierro que en los *Plomos* de Venecia y en las cárceles de Spielberg sufrió con cristiana resignación el autor de *Mis Prisiones*, sirvieron de enseñanza saludable á Silvio Pellico, que tal vez sin ese contratiempo hubiera caído en brazos del materialismo, para acabar su vida haciendo gala de la más descocada impiedad.

La cárcel, empero, y en las terribles condiciones en que fué impuesta á Silvio, despertó en su alma sentimientos cuya existencia acaso desconociera hasta entonces.

A la privación de libertad no acompaña siempre, ni aun para los muy perversos, el del roce con la familia y con los amigos, y el alejamiento absoluto de las comodidades que no pocos criminales de consideración han alcanzado á fuerza de oro; mas en Silvio Pellico parecen converger todos los agravantes que en la vida del recluso pueden presentarse, pero le sostiene la fe en la Providencia, y por esto no desmaya.

Condenado primero á muerte, ve conmutada su pena por la de *carcere duro*, que podía serlo de reclusión perpetua; aléjanle de sus padres, á los cuales no puede mandar ni de ellos recibir carta alguna; tropieza con carceleros insociables, que en vez de dulcificar, amargan su existencia; búrlanse sus compañeros de infortunio del que ellos juzgan maniático ó tonto; apenas traba amistad con un su colega, sepáranle de él bruscamente; hasta de un infeliz mudito le alejan; ve espirar á compañeros suyos de encierro, y aguarda él á su vez que le vistan la mortaja, pues se siente morir, agobiado más aún que por los dolores físicos, que son terribles, por los morales, que le hacen despreciar los primeros; nace en su corazón un sentimiento purísimo de respetuosa simpatía por la joven que ayuda á sus padres en la ingrata tarea de atender á los presos, y fáltale ese consuelo cuando apenas comenzaba á gozarlo; la vida, en fin, de Silvio Pellico es durante diez años una no interrumpida serie de amarguras y de dolores que á otro hubieran hecho ceder, y aun él estuvo á punto de dudar de la Providencia y de caer en el escepticismo, compañero inseparable de la desesperación en los días de desgracia.

Si otros méritos no aquilataran las *Memorias* á que nos referimos, darían fe del mismo la rapidez con que en pocos años se han agotado numerosas ediciones que de las mismas se han hecho, después que vieron la luz en Italia, en los idiomas francés y español, inglés y alemán.

¿Y cómo no sentirse impresionado al leer aquellos conmovedores relatos en que el paciente recluso cuenta hora por hora y día por día las emociones que afligen su alma y las que la consuelan?

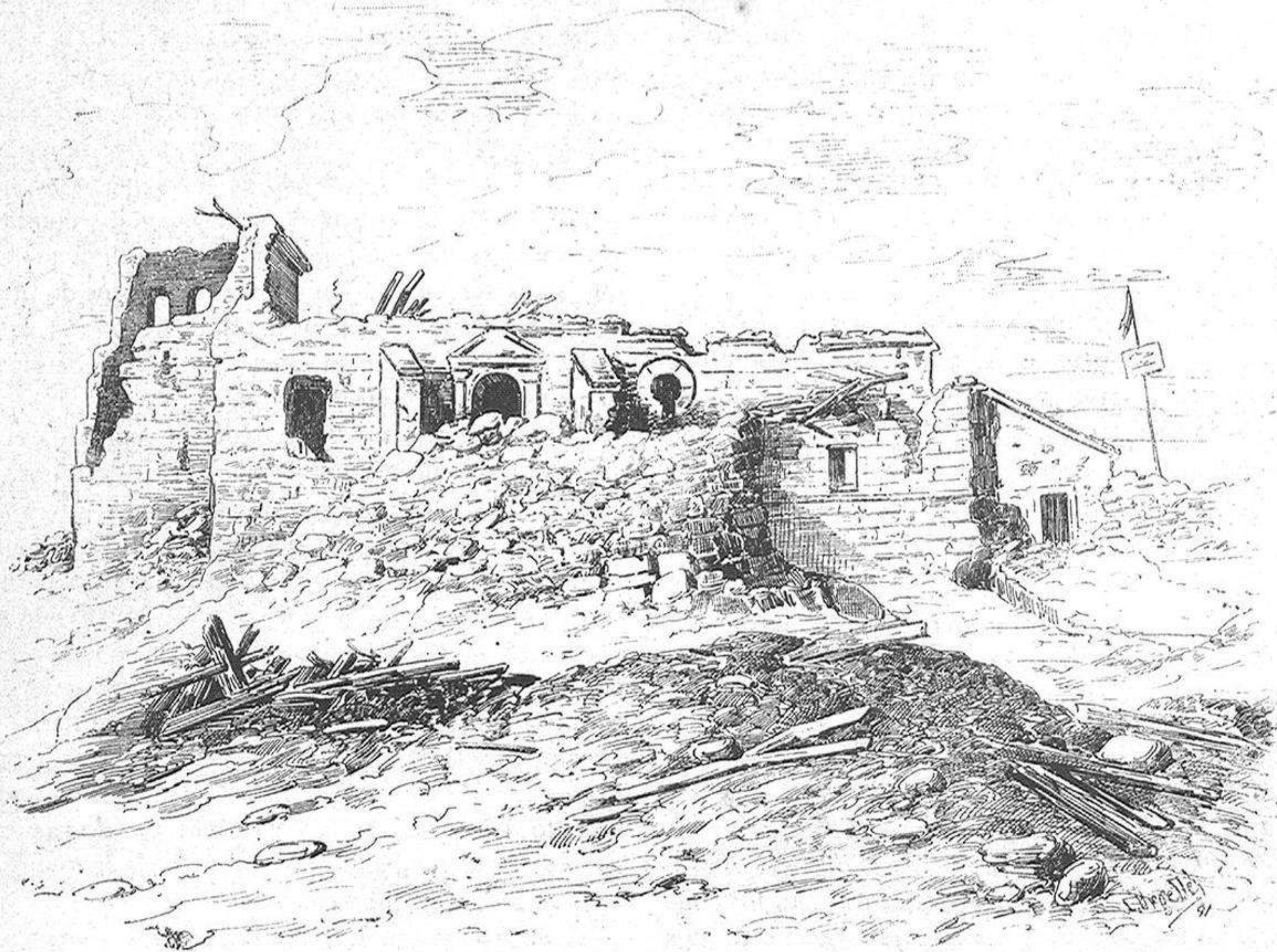
Quien hubiere sufrido reclusión, alcanza á comprender mejor que otro alguno el raro valor de cada una de las páginas de *Mis Prisiones*; por donde se ve que sólo las creencias religiosas pueden ser escudo suficiente á defender á quien ve transcurrir los meses y los años sin recuerdos del pasado que le alienten, sin ilusiones en el presente que le animen, sin esperanzas en el porvenir que le conforten.

¿Sabemos, acaso, los católicos lo que es vivir sin esperanza? No; que en caso tal dejaríamos de serlo. Pues bien; Silvio Pellico sólo en Dios, que no en los hombres, pudo esperar, y por esto se sintió fuerte; no por otro motivo buscó lenitivos á su desgracia, y no por otra causa que por su fe en la Providencia vivió sin desesperarse, esperó sin caer en el desaliento y lo-

gró respirar el aire de la libertad, bien que sólo el que lo perdió sabe estimar en su valor inmenso.

Este es, en brevísimo resumen, el juicio que á nosotros nos merece la obra de Silvio Pellico, y tal el que de ella formarán nuestros amigos que la lean; y como los más de éstos sienten latir su corazón al impulso de las más acrisoladas creencias, y como casi todos ellos sin excepción son carlistas, y por tanto más ó menos avezados al sufrimiento, y hombres que si no conocen

el penar no es porque lo hayan jamás rehuído, y si blanco fueron de persecución un día, dispuestos se hallan á serlo uno más y otros ciento, de aquí que abriguemos, más que la convicción firmísima, la seguridad absoluta de que una vez tomen el libro en sus manos no le dejarán hasta el fin, y por tal motivo les encarecemos la conveniencia y aun la necesidad de que se saturen en su lectura, si sufren, para hallar consuelo en sus penas, y en otro caso, para estar dispuestos á afron-



Ruinas de la iglesia de San Pedro Abanto.

tar las persecuciones tan pronto sea menester, á fin de que abroquelados con las sabias y cristianas consideraciones del magnánimo autor de *Mis Prisiones*, que en ninguna de las páginas de su obra respira mala voluntad, despecho ni odio contra sus opresores, antes perdón y amor, estén dispuestos á hacer holocausto de su libertad y de su vida cuando á la Providencia así le pluguiere consentirlo, sin airarse contra ella, antes buscando en lo Alto las fuerzas necesarias para servir de ejemplo á los que les esclavicen.

FRANCISCO DE P. OLLER.

## NUESTROS GRABADOS

**Don Isidro P. Gamundi.**

(Pág. 81.)

Don Isidro Pascual Gamundi, Mariscal de campo del ejército carlista, gran cruz del Mérito militar, laureada de San

Fernando, etc., etc., falleció en Biarritz el 15 de mayo de 1884, el mismo día de su santo y cumpleaños (sesenta y siete).

A los trece años abandonó la carrera eclesiástica y entró como voluntario en las fuerzas al mando del General Quilez; tomó parte en todas las acciones, y con su comportamiento y valor consiguió atraerse el cariño y confianza de sus Jefes; á los cuatro años de campaña era ya capitán, entró con el General Cabañero en Zaragoza el día 5 de mayo, habiéndole tocado por suerte con su compañía tomar la Capitanía general.

Se ofreció voluntariamente á formar parte de la famosa expedición de Gómez, y por fin llegó al Norte, tomando parte en varias acciones, y especialmente en la de Oriamendi contra los ingleses.

Cuando se trató del paso del Ebro, Don Carlos V le honró confiriéndole el encargo de llevar los documentos encaminados á este efecto, comisión que llevó á feliz término á pesar de las grandes dificultades que ofrecía, como son: cruzar las fuerzas enemigas, paso del Ebro á nado con los documentos atados en la frente, etc., etc.

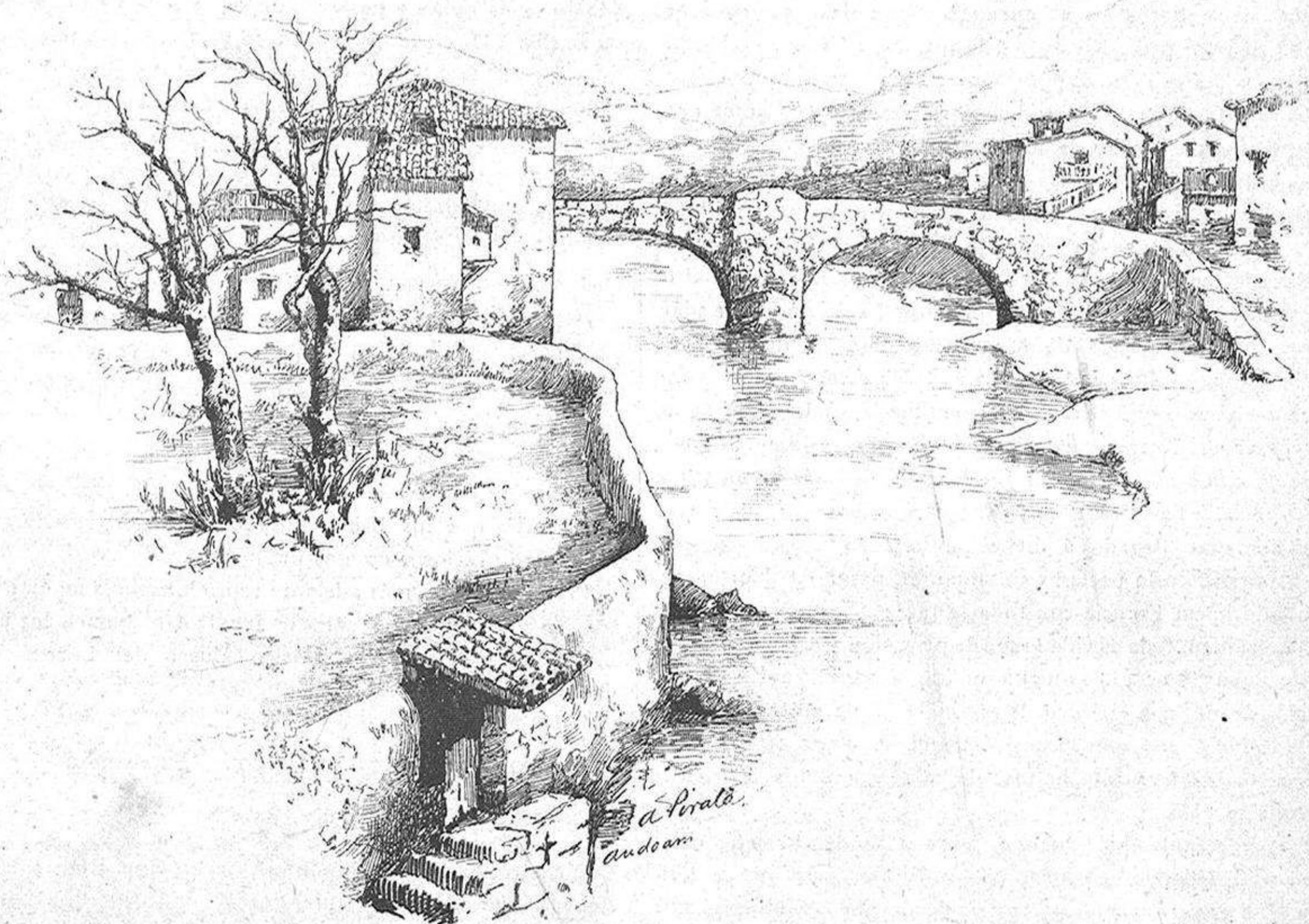
El General Cabrera le tomó á sus órdenes y le confirió el mando de los miñones; tomó parte al frente de su fuerza en

las principales acciones de Aragón y del Maestrazgo, consiguiendo que sus hazañas fueran premiadas con varias condecoraciones y el empleo de Teniente coronel. En la acción de Maella (llamada de Pardiñas), se distinguió de tal manera, que fué hecho Coronel en el campo de batalla, y más tarde se le dió la Cruz laureada de San Fernando. Asistió á los tres sitios de Morella, cayendò prisionero en el último con sus demás compañeros que se quedaron, decididos á defenderse *à outrance*; pero una bomba enemiga cayó en el polvorín, y esa catástrofe, de la cual se salvó milagrosamente, y la falta de víveres, les obligó á capitular.

Conducidos á Zaragoza, fué reclamado por el Juzgado de Valderrobles, y lo tuvieron tres años en un calabozo, debajo del agua, con los grillos á los pies y cubierto de miseria, pidiendo por favor que le dieran garrote, puesto que era preferible esto á que lo mataran á fuego lento; por fin le salió la condena de catorce años de presidio, y fué llevado á Zaragoza, logrando evadirse al año de hallarse en aquel penal.

Pasó á Francia, donde puede decirse que permaneció toda su vida comiendo el duro pan de la emigración.

El 48 entró nuevamente á las órdenes de Cabrera, que le nombró Comandante general del Bajo Aragón; hizo brillantes



Puente de Andoaín (Guipúzcoa), donde murió el general cristino D. Manuel Gurrea, el 29 de mayo de 1837.

hechos de armas, entre otros el de coger toda una compañía de misioneros que salía en su persecución, merced á una emboscada que les preparó; vistió sus soldados con los trajes de los prisioneros, y merced á esta estratagemá, cogió por sorpresa á 40 guardias civiles que estaban reconcentrados en Calamocha. Entró en Molina de Aragón, recibiendo una descarga cerrada que le hizo catorce agujeros en la levita, etc., etc.

Habiéndose retirado ya los demás Comandantes generales de Aragón y Maestrazgo, no tuvo más remedio que pasar el Ebro y reunirse con la fuerza que tenía al General Cabrera. Antes de salir de Aragón tuvo una entrevista con el Brigadier Willacampa, que le ofreció de orden de la Reina gobernadora que se le reconocería el empleo de Brigadier, y si tenía reparo en aceptarlo para España, que iría á Cuba.

Fué de los últimos que se quedaron acompañando á Cabrera, y cuando cayó herido en las montañas de Cataluña, le salvó, llevándole más de dos horas al hombro, consiguiendo ponerlo en salvo en la frontera francesa.

Cuando formaron en España la Guardia rural, fueron á Francia á ofrecerle la jefatura para Aragón, que rehusó.

Más tarde (quince años, poco más ó menos), por efecto de una orden infame de extradición, le pusieron preso y le llevaron de cárcel en cárcel atado con cadena hasta Bayona, tratándole como á un criminal; no se consumó esta infamia merced á la intervención de la Emperatriz Eugenia y del General Elío.

Esta última campaña fué nombrado Comandante general de Aragón, cuyo cargo renunció á favor del General Cevallos. Tomó parte en varios combates al lado del General Dorregaray, y por fin formó é uniformó con dinero recogido extraoficialmente en Aragón, y que le fué remitido directamente, el batallón de Almogávares del Pilar.

Hizo con él una brillante campaña en el Alto Aragón, siendo sustituido después por el General Caracuel. Se encargó nuevamente de la fuerza, y asistió al sitio de Bilbao.

Por fin pudo marchar á Aragón y se hizo cargo de la fuerza que reorganizó con la ayuda del General Boet, que solicitó

que S. M. le concediera; formó seis batallones y seis escuadrones de caballería, cuatro de los cuales fueron tomados al enemigo. Tuvo varios fuegos, entre los más salientes el de Villafranca del Cid, donde cogió muchos prisioneros y toda la brigada, música y cureñas de los cañones, con sus correspondientes granadas.

Entró en Daroca, población fortificada, cogiendo 400 prisioneros con el jefe, coronel Sancho, y 200 caballos.

Entró en Cariñena, población fortificada también, cogiendo 300 prisioneros y 180 caballos.

Cuando Dorregaray, antes de abandonar el Centro, tuvo una consulta con los Generales y Jefes á sus órdenes, fué uno de los que opinaban no abandonar el Centro, aconsejando fraccionarse y dedicarse á no dejar pasar las provisiones, seguro de que si se hacía así el enemigo no podría permanecer mucho tiempo; pero Álvarez, Adelantado y Oliver, opinaron de distinta manera; tuvo, pues, muy á pesar suyo que abandonar el país, dejando sin apoyo la guarnición de Cantavieja que tras de una heroica defensa tuvo que capitular.

En Cataluña pasó los días más tristes de su vida, viendo que no podía procurarse ni siquiera pan para su fuerza. Llegó hasta tal punto en sus apuros, que no le fué posible conseguir de Savalls ración de pan para cuatro días, para ir con cuatro batallones en defensa de la Seo de Urgel; sólo pudo mandar á dos. Haciéndose cada día más insostenible la situación, resolvió mandar á Boet para hablar á S. M. y ver lo más conveniente, puesto que él creía más factible la vuelta á Aragón que pasar al Norte; pero Boet le dijo que sería mejor que fuera él, como más antiguo; S. M. le haría más caso, y en efecto pasó la frontera, donde le cogieron, internándole á Orleans; apenas llegado á dicho punto tuvo noticia de que Boet, faltando á lo pactado, intentando pasar al Norte, era arrollado hácia Francia con toda la fuerza.

En resumen, toda su vida lo fué de privación y destierro, puesto que jamás se acogió á ningún indulto, y por fin murió pobre, pero honrado, con el único desconsuelo, el de no ver el triunfo de la Santa Causa, por la cual derramó su sangre (pues en su cuerpo ostentaba veinte heridas de balas y sable), y se sacrificó toda su vida.

Esta guerra, también cuando Cabrera, olvidando su historia, se pasó al enemigo, le ofreció cien mil duros para que se retirara á su casa; dicha oferta era ratificada por el Gobierno, por el Sr. Candalija, añadiendo que si dicha cantidad le parecía poco, que pidiera más. La contestación á dichas cartas ofertas, que apareció en *El Cuartel Real*, era digna de un militar pundonoroso y valiente, que rechaza siempre pactar con el enemigo.

#### Cromo del presente número.

#### Cuarto de Banderas. — Pared que da frente al lienzo de honor.

(Gran lámina suelta.)

DESCRIPCIÓN.—A la derecha del que mira, una de las banderas con que se inició el movimiento en Cataluña el año 1872; debajo, bandera de Valencia en la guerra de Carlos V, llevada por las fuerzas de Cabrera; á la izquierda, en el centro de este grupo, otra de las banderas (blanca) con que se inició el alzamiento de 1872; debajo, el mapa usado por el Rey en la campaña de Bulgaria, boina y fusiles de la última guerra; á la izquierda, bandera del Batallón Rey Don Juan, 6.º de Navarra; debajo, la bandera del Batallón 2.º de Voluntarios del Centro. A la izquierda, debajo de la boina y fusiles, la silla y arreos del caballo del Duque de Madrid, en la campaña de Bulgaria.

A la izquierda, bandera del Batallón de Cazadores de Arlanzón, 2.º de Castilla, decorada por el Rey con la corbata de San Fernando, y debajo la boina de D. Fernando Gurowski y Borbón. A la izquierda, bandera del Batallón de Cazadores de Covadonga; debajo, los sables del General Elío, del General Ulibarri y de D. Fernando Gurowski, y los cordones de éste, de oficial de órdenes de S. M. A derecha é izquierda de la bandera de Covadonga, están respectivamente el estandarte del Regimiento de caballería 1.º de Cazadores de Cataluña, manchado con la sangre de D. Martín Miret, y un banderín de la 1.ª compañía del Batallón de Cazadores de Tolosa. A la izquierda, bandera hecha al final de la campaña, y que no llegó á entrar en fuego; debajo, boina que llevaba el General Ollo al caer herido mortalmente, manchada con su sangre. A la izquierda, debajo de la boina y fusiles, últimos arreos y silla de caballo de Carlos VII, en la guerra del 72 al 76. A la izquierda, bandera del 2.º Batallón de Tarragona; debajo, bandera del Batallón de Guernica. A la izquierda, bandera del 1.º de Álava; debajo, hojas del árbol de Guernica, fusiles, boina y el antejo de campaña usado por Carlos VII en Lácár. A la izquierda, bandera del Batallón de Somorrostro, 5.º de Vizcaya; debajo, bandera del Batallón de Arratia.

Con el cromo del presente número queda satisfecho el compromiso que contrajo EL ESTANDARTE REAL de publicar los cuatro lienzos que representan el Salón de Banderas del Palacio Loredán.

De la perfección del trabajo original, debido al Sr. Gasparini, pueden dar fe nuestros lectores y certificarlo las personas inteligentes que los han admirado, al verlos reproducidos en los cuatro preciosos cromos publicados.

Probablemente, más adelante reproduciremos un quinto plafón, en que se han de colocar los trofeos que en los últimos meses han remitido al histórico Museo del Loredán varios carlistas españoles.

#### Administración militar.—Planos 1.º y 2.º

(Págs. 84 y 85.)

Nuestro activo colaborador D. Carlos Cruz Rodríguez creyó del caso, para la mejor inteligencia de su escrito, acompañar los dos planos de referencia.

#### Doña María Beatriz.

(Pág. 88.)

Véase el trabajo biográfico del mismo epígrafe.

El retrato primero es copia de una bonita litografía de la época, y el segundo, ó sea el que representa á la augusta dama en la presente fecha, lo es de fotografía.

#### Nuestra Señora del Puig (Navarra).

(Pág. 89.)

Deseosos de abrir cada día más ancho campo á nuestra Ilustración, hemos obtenido del aventajado joven D. Angel Pirala, hijo del historiador del mismo nombre, su colaboración artística para EL ESTANDARTE REAL, y dicho está que nos facilitará esta combinación un medio más para enlazar la parte ilustrativa con la histórica, lo propio en lo que atañe á la pasada guerra civil, como en lo perteneciente á la primera.

Famoso hizo Maroto en la de los siete años el santuario de Nuestra Señora del Puig, pues junto al mismo fueron fusilados los Generales Guergué, García y Sanz, el Brigadier Carmona y el Intendente Uriz.

El General traidor trata de justificar su crimen con el siguiente relato:

«Al llegar á Estella—dice—hallé las calles desiertas, y esta circunstancia, que podía haber sido casual, no dejó de llamarme la atención, mucho más cuando advertí que las pocas personas que en ellas se hallaban me miraban como sorprendidas. Para dirigirme al alojamiento que tenía de costumbre, era preciso pasar por la puerta que ocupaba García; hallábase éste con algunos pocos de su comitiva en los balcones y ventanas; les miré fijamente y además de no saludarme se burlaron de mí con palpable bafa. Carmona no estaba en la población, se había ido á recorrer varios puntos ocupados por algunos batallones navarros, para hablar con sus jefes sobre cuanto le dije, procurando concitarlos contra mí y prepararlos para la ejecución de lo que García se había propuesto, conforme á las instrucciones de Teijeiro. Estuvo, pues, el mismo García quieto en su casa, y ni un solo ayudante envió á recibir mis órdenes, como era su deber. El gobernador de la plaza, que lo era el Mariscal de campo D. Blas María Royo, puso en mi conocimiento cuanto le constaba sobre los conatos de García para sublevar la tropa, y me aseguró que se estaba en inminente riesgo, afirmándome en mi propósito estas advertencias y estimulándome á usar de precauciones para mantener el orden en la población. A las ocho de la noche, y cuando estaban alojándose algunas de las tropas de la división que me seguía, se me presentó el cabo de la guardia de una de las puertas de la plaza á darme parte de que habían arrestado al general García, contestando sencillamente á mis preguntas sobre la causa que hubiese motivado el arresto, en estos mismos términos:—*Mi general: como en estos días que V. E. ha estado en otras provincias, se nos ha dicho tanto, y así que V. E. ha llegado hemos visto que el general García, disfrazado de cura, se marchaba de la plaza, hemos creído hacer un bien en arrestarlo.*— En vista de esto, sólo á su mala estrella pudo culpar García su prisión, en la cual se había querido revestir de su autoridad para que se le dejara libre procurando quitarse el manto que le cubría el uniforme, y no se lo permitieron, custodiándolo en el interior del cuerpo de guardia hasta mi resolución. Un acontecimiento tan imprevisto como inesperado, me aseguró lisonjeramente del prestigio que tenía con la tropa, y no vacilé un instante en acordar la seguridad de la prisión de García y la de los demás que estuvieran á mi alcance. El intendente Uriz había sido arrestado en el paso de las Dos Hermanas, adonde también su fatal destino le condujera; mandé llamar á Carmona, que se me presentó á la mañana siguiente, sin conocer el desgraciado mi carácter, ó más bien queriéndole poner á prueba, porque no puede concebirse cómo sabiendo la prisión de García tuvo la poca precaución de ser tan obediente á mi mandato. Cierto es que le había yo dispensado anteriormente mil consideraciones de amistad; pero esto, además de favorecer mi resolución, no era, por otra parte, suficiente garantía para el apurado trance en que se hallaba, y una vez ya en mi presencia, le manifesté cuán sensible y amargo me era el compromiso en que me había puesto; pero en tal circunstancia, tanto él como sus compañeros (á cuya prisión fué conducido) no tenían más remedio que el de Dios. Llamé en seguida á los jefes de los cuerpos que me acompañaban, y á todos con quienes además contaba, y les pedí su parecer, viendo á la mayoría abundar en el sentimiento de que, si no se mandaba fusilar á los arrestados, Don Carlos los mandaría poner en libertad, y entonces serían ellos menos generosos para con los que en el actual trance no hubiesen tenido resolución para llevarlo á cabo; en una palabra, una vez arrojado el guante, y tantas veces desoídos los consejos y las amonestaciones, se creyeron ya en el caso de proceder á la ejecución de los conjurados, si no querían ser sus víctimas. Los generales Conde de Negri y Silves-

tre, que concurrieron aquella noche á mi casa, si bien aprobaban la prisión y formación de causa, no eran del modo de pensar expresado por la mayor parte; pero este parecer era una excepción, y ya estaba yo además comprometido y resuelto para que pudiesen tener influencia las dos únicas opiniones que en favor de los presos emitían, siendo, por el contrario, apoyada mi resolución por los pareceres con que el Auditor de guerra D. José Manuel de Arizaga había emitido su juicio, y que anteriormente he especificado; así que, creyendo justamente razonada y en toda ley mi determinación, nada podía ya detenerme.

»La seguridad que me presentaban los batallones de aquel reino, y la de cuantos individuos estaban á mis inmediatas órdenes, también cooperó muy mucho á la total decisión de la orden terrible que, estando acompañado de Arizaga, escribí de mi puño y letra al gobernador de la plaza para la ejecución del castigo. Públicamente comprobada una sedición militar por los partes de los Comandantes de los batallones, la Ordenanza y mi encargo como jefe de E. M. G., me imponían el deber de corregirla á todo trance. Además, para salvar mi vida no tenía otro camino que cortar los brazos que tan de cerca me amenazaban, y tal disposición se llevó á efecto sin mas aparato ni precauciones que la formación de tres compañías que subieron al castillo del Puig, y siendo precisamente de los mismos batallones que habían mandado los que iban á recibir la muerte de sus mismos subordinados. Grandes fueron los esfuerzos de los infelices reos para contrarrestar la resolución tomada contra ellos; hablaron enérgicamente á los soldados, y éstos, en lugar de conmoverse, les amenazaron con las bayonetas, y lo juro por lo más sagrado, aunque tuve la necesaria firmeza para llegar al fin de tan trágico espectáculo, sufrí en silencio los más crueles tormentos por la resolución á que había sido provocado por los mismos castigados, y que hubiera revocado indudablemente á tener camino para retroceder sin menoscabo de mi honra y del peligro que amenazaba mi vida.»

Refiere el Sr. Pirala que los que por disposición de Maroto fueron puestos en capilla, estaban sorprendidos, y al volver de su primer estupor reclamaron los derechos de defensa y trámites privilegiados que por Ordenanza les correspondían. Los Generales García y Carmona pidieron en vano ver á Maroto; procuraron luego conmovér á los soldados, que eran del 1.º de Navarra, recordándoles García sus glorias, su mando como jefe del batallón, y los servicios prestados por los generales que habían combatido con ellos; pero la escolta rechazó con energía sus demandas, y amenazado por uno de los soldados, el General García se dispuso á recibir la muerte con resignación cristiana y elevado pecho.

Carmona, dirigiéndose á la tropa que le fusiló, declaróles su inocencia, encargándoles respetasen y defendiesen á su Rey, y manifestando la sorpresa de ser fusilado por la espalda.

Guergué sólo se ocupó en algunas disposiciones de interés privado, y murió con serenidad y resolución, sin dirigir á nadie la palabra.

El Intendente Uriz se ostentó con piadosa resignación; y el General Sanz, que desde el momento de la notificación se había reducido al silencio, murió también con religiosa conformidad. Su cadáver fué recogido por la viuda de D. Santos Ladrón, con quien debía casarse, y para la que dejó escrita una carta noticiándole su desgracia y rogándole lo encomendase á Dios. ¡Triste estrella, en verdad, la de esta señora, ver morir desastrosamente en poco tiempo á un marido y á un prometido esposo!

### Ruinas de la iglesia de San Pedro Abanto.

(Pág. 92.)

Codiciada tan importante posición por carlistas y liberales,

si con empeño la atacaban los segundos, con heroísmo la defendían los primeros, á pesar de la lluvia de proyectiles que sobre la misma caía.

Día hubo del año 1874 que durante catorce horas de fuego más de 10.000 fusiles y 30 cañones disparaban cada minuto, sirviendo de blanco á la artillería republicana la iglesia de San Pedro Abanto, á la cual batían los liberales desde Somorrostro con cañones de grueso calibre.

### Puente de Andoaín (Guipúzcoa).

(Pág. 93.)

De fatídico calificaron los liberales de la primera guerra aquel puente, pues costó la vida á no pocos de los suyos, entre ellos al General Gurrea, empeñados en ganarlo á sus adversarios los carlistas.

He aquí el relato que nos parece más verídico de la acción librada en las inmediaciones del mismo el día 29 de mayo del año citado:

«La necesidad de poner en buen estado de defensa á Hernani, Oyarzun, Irún y Fuenterrabía, cuyas obras no pudieron tener el rápido adelanto que se deseaba, por el temporal de lluvias que desde el día 14 reinaba, impidió á Espartero continuar las operaciones tan fácil y lisonjeramente inauguradas en este mes de mayo. Pero pensaba moverse antes de que terminara, con dirección á Navarra, para estar á la mira de la expedición carlista.

Movióse al fin el 29 sobre la nueva línea de Andoaín, que procuraban defender resueltos sus poseedores. Importaba su paso al ejército liberal, y marchó á franquearle. La salida de la expedición á Castilla lo exigía imperiosamente, porque era preciso perseguirla.

Pensando maduramente las dificultades que había que superar en la crítica posición del Conde de Luchana y de su ejército, acordó marchar por Arezo y Gorriti al puerto de Lecumberri, efectuando así un movimiento estratégico que burlase á los carlistas ó les impidiera conocer al menos el verdadero fin que se proponía. El plan era atrevido.

Acompañado de D. Manuel Gurrea, de Jáuregui y de D. Fermín Iriarte, se puso en marcha el 29, ordenando á Evans se situase en Andoaín, amagando á Tolosa. Para hacer frente á la resistencia que opondrían los carlistas al paso de los liberales por el Orio, que iba á ser por el puente de Andoaín, se destacaron algunas fuerzas para apoderarse de las alturas del pueblo.

Los carlistas, en efecto, eran dueños de ambas orillas del río, cuyo paso interceptaban con cortaduras, líneas de parapetos y casas aspirelladas, y presentando bastantes fuerzas en las alturas de Elizondo y posiciones inmediatas.

Urgía sobre todo desalojarlos de ellas, para que pudiese pasar el ejército, y á conseguirlo marchó Ulibarri con una pequeña columna de todas armas.

El paso del Orio había de hacerse por un estrecho puente, que aun se conserva, á pesar de haber sido sustituido por el que pone en comunicación la carretera. Si empeño había en franquearle, no le había menor en defenderle; pero siendo más brava la acometida que la defensa, le pasaron y fueron á atacar las posiciones carlistas, donde unos y otros pelearon con entusiasmo español. Se ganaban y se perdían posiciones, y á pesar de la bravura con que aquel día conquistó los aplausos del ejército el primer batallón del regimiento de Zaragoza, la situación de la columna iba siendo crítica, y el Conde de Luchana envió entonces en su ayuda á D. Manuel Gurrea, con su división, y al pasar el puente, que no había cesado de ser defendido, cayó Gurrea atravesado de un balazo, perdien-

do en aquel valiente la causa liberal uno de sus más decididos defensores. Exánime ya, animaba á sus soldados demostrándoles el *Dulce decorum est pro patria more* del poeta Venusino (1).

Mil vidas se hubieran aun sacrificado en aquel fatídico puente, á no haberse dado en aquellos momentos con un vado, que aunque peligroso, no lo era tanto como el paso del puente, y pudo pasar por él el ejército y el material que conducía. Ganaron así los liberales las alturas de Elizondo, se ocupó el pueblo de Andoaín, á lo cual contribuyó poderosamente la artillería británica, y al amanecer del 30, siguieron las tropas su marcha por un terreno tan quebrado, que á haber estado defendido por carlistas, hubiera por lo menos entorpecido seriamente aquella. Pero sólo destacaron alguna fuerza en observación, en unas colinas inmediatas que hostilizaron la retaguardia del ejército cubierta por la división de la Guardia, sin que le impidiera pasar por Elduayen y pernoctar en Verástegui, á donde llegaron las tropas fatigadas y hambrientas, después de unas veinte horas de penosos movimientos.»

(1) Su cadáver se condujo á San Sebastián, y en el monte *Urgullo* se conservan en un elegante y sencillo mausoleo sus restos, juntos con los de algunos ingleses.

Solventadas las muchas dificultades que al autor del *Album de Personajes Carlistas* opuso el proporcionarse algunos retratos y bastantes datos biográficos con que completar el tomo tercero y último de dicha obra, se está dando fin al mismo, y se pondrá á la venta por todo el próximo mes de Agosto.

Obran en poder de los señores suscriptores al *Album* los dos primeros cuadernos, y actualmente se está procediendo al reparto de los tres siguientes.

### HERMOSAS TAPAS

en percalina y dorados para encuadernar el primer tomo de esta Ilustración: 3 pesetas. Incluyendo la encuadernación: 5 pesetas.

La colección encuadernada: 18 pesetas. Con corte dorado: 21 pesetas.

Las mismas tapas, dispuestas para guardar el número corriente de EL ESTANDARTE REAL, ó sea con cantoneras de metal y botones dorados: 5 pesetas.

Los portes van por separado.

Dirigir los pedidos á esta Administración ó á los señores Corresponsales de la misma.

## LA CARCAJADA

SEMANARIO POLITICO, FESTIVO Y LITERARIO

DIRECTOR: D. FRANCISCO DE P. OLLER

Con retratos y caricaturas en colores, por los más acreditados dibujantes, entre ellos Cilla, Melitón González y Paciano Ross.

Se publica semanalmente en tamaño cuarto mayor y 8 páginas de dibujos y texto.

### PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Barcelona: 1 año. . . . . 4 pesetas  
Provincias: 1 año. . . . . 5 »  
Extranjero y Ultramar: 1 año. . . . . 10 »

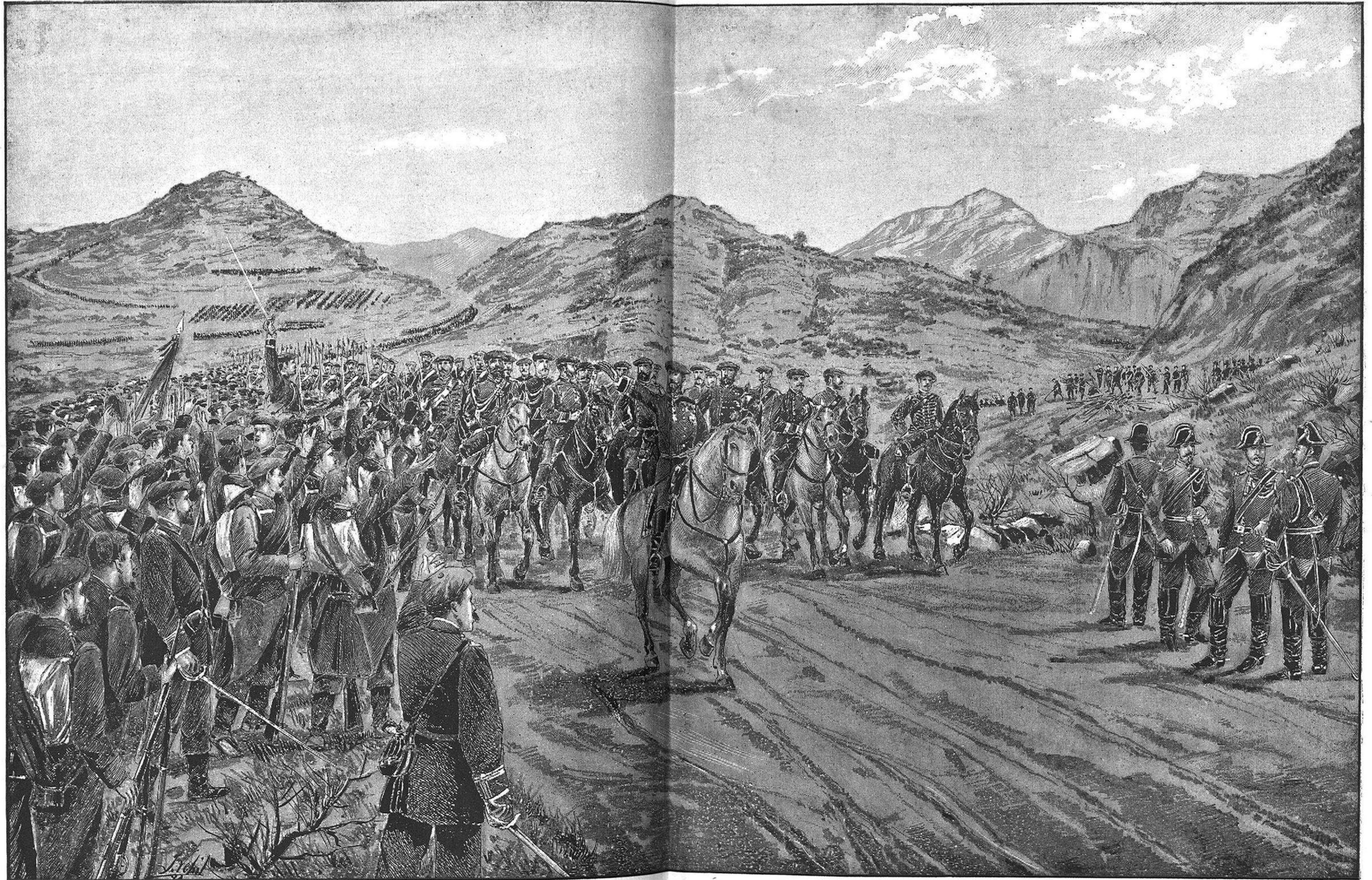
Números sueltos en toda España: 5 cént.

Imp. «La Ilustración» a c. de Fidel Giró, Paseo S. Juan, 168.





EL ESTANDARTE REAL



«¡VOLVERÉ, VOLVERÉ!» (28 DE FEBRERO DE 1876).—COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE J. VEHL.

